



Confederazione Mondiale Exallieve ed Exallievi delle Figlie di Maria Ausiliatrice
Via Gregorio VII, 133 int.4/sc.B 00165 Roma
Tel.06/63.56.92 Fax 06/39.37.51.31 C.F. 97070250580 www.exalliefma.org

Núcleo 27°

Chiquitunga, Exalumna, cercana a los jóvenes

Gabriela Patiño*

En este núcleo 27 propongo para nuestra reflexión la vida de una Exalumna FMA, que hoy en día hace parte de los Beatos de la Iglesia.

Se trata de María Felicia Guggiari Echeverría, llamada Chiquitunga, joven que vivió en Paraguay en la primera mitad del siglo XX. Su existencia está caracterizada por dos dimensiones: la Eucaristía, fuente de su apostolado y amor por los pequeños y los más pobres. Estas dimensiones marcaron su vida con esa impronta típica aprendida en la casa salesiana que se lleva siempre en el corazón sin importar el tiempo y el lugar en que se vive.

Desde niña, Chiquitunga se comprometió a acompañar a niños y jóvenes en su camino de crecimiento humano y cristiano. También por eso nos hace bien, en este tiempo de preparación al Sínodo de los jóvenes, mirar su figura como joven sencilla, convencida y comprometida con los demás, para que de este modo nos sintamos más plenamente empeñadas en el camino sinodal.

Chiquitunga fue beatificada el 23 de junio de 2018 en Asunción, Paraguay. El Papa Francisco dijo de ella: “El testimonio de esta joven beata es una invitación a los jóvenes para que vivan su vida con generosidad, amor y alegría”. Como Grupo de la Familia Salesiana, también nosotros queremos acoger esta invitación con admiración y gratitud.

María Felicia, ese es su nombre propio, nació en Villarrica del Espíritu Santo, capital del distrito de Guairá, en Paraguay, el 12 de enero de 1925. Era la primogénita de siete hijos de Ramón Guggiari y Arminda Echeverría, una reconocida familia. Fue bautizada en la catedral de Villarrica el 28 de febrero de 1928. El sobrenombre con el que la llamaban en la familia y con el que luego se haría famosa, Chiquitunga, fue dado por su padre debido a su apariencia delgada.

A los cinco años se matriculó en el curso de preescolar del Colegio "María Auxiliadora", donde más tarde cursó la escuela primaria y aprendió las bases de la fe. Todo lo que aprendió pronto lo tradujo en caridad hacia los más pobres, como cuando le dió un suéter, regalo de su padre, a una niña que pasaba frío.

El día de su Primera Comuni3n marcó un paso importante para su camino espiritual. Como ella misma escribió más tarde recordando ese acontecimiento, “desde entonces me nació el propósito de ser cada vez mejor, más buena”. Por eso empezó a visitar a Jesús todos los días en el Sagrario de su parroquia o en la capilla de su escuela, sola o acompañada de otros niños, como Amaru, la más pequeña de sus hermanas.

Chiquitunga amaba mucho a sus padres, como recuerda su hermana Magali: "Para un cumpleaños de su padre cambió la letra de una canción famosa y nos dió a cada uno una hoja con la nueva letra para cantar".

Cuando María Felicia tenía dieciséis años, en Paraguay se “reestructuró” la Acci3n Católica. Ella se unió a este movimiento con mucho entusiasmo y al mismo tiempo inició lo que llamó "el camino de la perfecci3n", mediante la oraci3n íntima y constante, la ascesis gozosa y la entrega incondicional a los niños, jóvenes, ancianos y enfermos, no sin la oposici3n de la familia. Dos años después de su

adhesión, hizo su "consagración al apostolado", es decir, expresó su compromiso solemne de dedicarse a las actividades caritativas, a las que añadió el propósito de la virginidad.

La fuente de su dedicación era la Eucaristía, que recibía diariamente. Para dedicarse con tranquilidad a sus estudios para su título de maestra, participaba en la Eucaristía de la mañana, aunque debía permanecer en ayunas, según la costumbre de la época. Para no preocupar a su padre, quien le recomendaba no descuidar su salud, adoptó una estrategia: se levantaba antes que los demás, ensuciaba la taza del desayuno y esparcía su lugar en la mesa con migajas, para fingir que había comido.

Su aspecto exterior inspiraba sencillez: recogía su largo cabello oscuro en dos trenzas, no se maquillaba ni usaba zapatos altos. Para vestir prefería un delantal blanco, por dos razones: le recordaba la necesidad de tener un alma pura, y porque la ropa acorde con su clase social corría el riesgo de alejarla de sus queridos pobres. Su único adorno era un ramito de jazmín de Paraguay, caracterizado por sus flores pequeñas pero intensamente perfumadas.

Debido a la guerra civil que estalló en 1947, tuvo que sufrir mucho: su padre y su hermano, Federico, fueron deportados a la región de Posadas, Argentina. Inició para la familia una época de dificultad económica, hasta el punto de que su casa quedó hipotecada. Ella misma tuvo problemas para continuar sus estudios ya que su apellido paterno recordaba a José Patricio Guggiari, ex presidente de la República y miembro del Partido Liberal, quien había sido su abuelo. Era comprensible, por tanto, que las autoridades académicas estuvieran reticentes para facilitarle proseguir sus estudios. A pesar de ello, María Felicia no perdió la esperanza. Por el contrario, invitó a todos a poner fin a la guerra mediante el perdón y la reconciliación. Finalmente, debido a la persecución política, cuando Ramón Guggiari regresó del exilio decidió trasladar a la familia a la capital, Asunción: un traslado que tuvo lugar en febrero de 1950.

María Felicia, que acababa de cumplir veinticinco años, se acostumbró con facilidad al nuevo ambiente. En primer lugar buscó la Acción Católica en la nueva parroquia, luego retomó sus estudios para responsabilizarse de su familia. Primero dio clases en la escuela parroquial del Perpetuo Socorro, en el barrio Obrero, y luego en la escuela de los Padres Redentoristas.

Sus compromisos de apostolado se ampliaron cuando fue llamada a asumir responsabilidades diocesanas, sin descuidar la atención privilegiada a los niños pequeños, y a los prisioneros políticos de cualquier bando. En casa continuaba con una sonrisa en sus labios y con una disposición admirable, alimentaba su fe con visitas al Santísimo, la oración nocturna y el rezo del Rosario, con la meditación de los quince misterios.

El 23 de abril, unos meses después de su llegada a la capital, tuvo un encuentro importante. Durante una asamblea de la Acción Católica en Asunción, habló el presidente de la sección de Estudiantes, Ángel Sauá Llanes, estudiante de medicina e hijo de un inmigrante musulmán originario de Siria.

María Felicia intervino varias veces en el debate y pronto se hizo amiga del joven. Empezaron a salir juntos para atender a los enfermos, y él fue la mejor compañía para evitar que una jovencita anduviera sola en barrios peligrosos.

Con el pasar de los días a Chiquitunga le nació un sentimiento especial por el amigo. Entonces intensificó la oración, preguntando continuamente al Señor si estaba en su voluntad que ella se casara. La respuesta llegó de forma sorprendente, por boca del propio Ángel Sauá.

Un día de mayo de 1951 la llevó aparte y le confió un secreto: había decidido hacerse sacerdote, para expiar los pecados de su padre, que no quería convertirse. Ella, después de escucharle atentamente, le prometió que guardaría el secreto y que haría todo lo posible para ayudarle a

realizar su sueño: "Me quedaré a tu lado", le decía, "día y noche, rezando y ofreciendo mi vida para que pueda ser, si Dios quiere, un santo sacerdote" y "si no podemos unirnos aquí en la tierra, nos uniremos un día en el cielo, al final de los tiempos".

Para evitar un enfrentamiento directo con el Sr. Manuel, padre del joven, los dos proyectaron un plan: una vez terminados sus estudios en Paraguay, Sauá iría a España a realizar cursos de postgrado y allí realizaría su vocación.

Por su parte, el padre de María Felicia estaba convencido de que se comprometerían y de que era un buen partido, por lo que ya no se oponía a las salidas de caridad, como hacía en Villarrica. Para sellar su pacto entre amigos, el 1 de octubre, cumpleaños de Sauá, él y su amiga se consagraron a la Inmaculada Concepción, realizando una especie de matrimonio místico. El 10 de abril Sauá partió para acompañar a su padre a Tierra Santa y Siria, y al regreso permaneció en Madrid.

Chiquitunga le escribió muchas cartas para animarlo. Por su parte, para dar desahogo a sus preocupaciones, comenzó a recopilar un Diario íntimo, en parte porque se sentía insegura sobre su futuro. Fue necesario un nuevo e inesperado encuentro para que comenzara a comprender a qué la llamaba Dios.

El 20 de agosto de 1952, se encontró de paso con el Hospital Español de Asunción, donde estaba siendo atendida la Madre Teresa Margarita del Sagrado Corazón, priora del primer convento carmelita paraguayo. Le habló largamente y recibió consejos y ánimos, hasta el punto de escribir en su diario: "He encontrado una madre".

El 16 de noviembre, Sauá le comunicó que iba a entrar en el seminario, pero ella también estaba decidida a dar unos pasos más de discernimiento. Hizo un curso de Ejercicios Espirituales y, tras meditar detenidamente el "Tratado de la verdadera devoción a la Virgen María", el 9 de septiembre de 1954 hizo su consagración a Jesús por las manos de María, según el modelo del autor de ese libro, San Luis María Grignon de Montfort.

Mientras tanto, un mes después de los Ejercicios, la chica tuvo que revelar a sus familiares que Sauá estaba en el seminario, durante la fiesta de compromiso de su prima Yaya. Todos quedaron sorprendidos: sus padres amenazaron con romper las relaciones con la familia del joven.

En cambio, su padre, furioso, abandonó el hogar, advirtiendo que sólo volvería si su hijo también regresaba a casa. Finalmente regresó con su esposa y sus hijos en la noche del 6 de enero de 1954: a los ojos de los interesados, parecía un milagro, gracias a sus oraciones.

Durante un nuevo período de Ejercicios, María Felicia tomó la firme decisión de ingresar en el Carmelo. Nuevasmente encontró la oposición de su padre, además de los sacerdotes, que veían en ella un apoyo muy útil para la Acción Católica diocesana; sin embargo la decisión ya estaba tomada.

Ella, que poco antes había escrito: "Estar callada me mata", iba a limitar su vida entre las cuatro paredes de un convento, cuya puerta atravesó el 2 de febrero de 1955. Poco antes de entrar, había escrito su última carta a Sauá, despidiéndose de él: "¡Hermano mío, nos veremos en la eternidad!". Sabía que había encontrado un amor aún más grande, como le confió a una monja: "Me enamoré de Sauá, pero mucho más de Jesús".

Un ejemplo concreto muy cercano a la realidad de nuestras casas, familias. Invitación para imitar estas virtudes.

FICHA DE TRABAJO PARA EL CONSEJO DE LA CONFEDERACIÓN, LA FEDERACIÓN Y LA UNIÓN Y PARA LAS EXALUMNAS Y LOS EXALUMNOS DEL MUNDO.

- Leer bien el texto
- Identificar una invitación concreta a partir de la lectura de esta historia de vida.
- Enviar la respuesta y, si se desea, también una foto o video.
- Pregare, con la Chiesa universale, **per i giovani**.

Señor Jesús,
tu Iglesia en camino hacia el Sínodo
dirige tu mirada a todos los jóvenes del mundo.
Te pedimos para que con audacia
se hagan cargo de la propia vida,
vean las cosas más hermosas y profundas
y conserven siempre el corazón libre.

Acompañados por guías sabientes y generosas,
ayúdalos a responder a la llamada
que Tú diriges a cada uno de ellos,
para realizar el propio proyecto de vida
y alcanzar la felicidad.
Mantén abiertos sus corazones a los grandes sueños
y has que estén atentos al bien de los hermanos.

Como el discípulo amado,
estén también ellos al pie de la Cruz
para acoger a tu Madre,
recibiéndola de Ti como un don.
Sean testigos de la Resurrección
y sepan reconocerte vivo junto a ellos
anunciando con alegría que Tú eres el Señor.
Amen.

Por favor envíen sus respuestas, personales o de grupo, por vía electrónica a:
delegatamondialeexallieve@gmail.com o a través de correo ordinario a la dirección:
Via dell'Ateneo Salesiano, 81 - 00139 Roma RM (Italia)

*Delegada Confederal